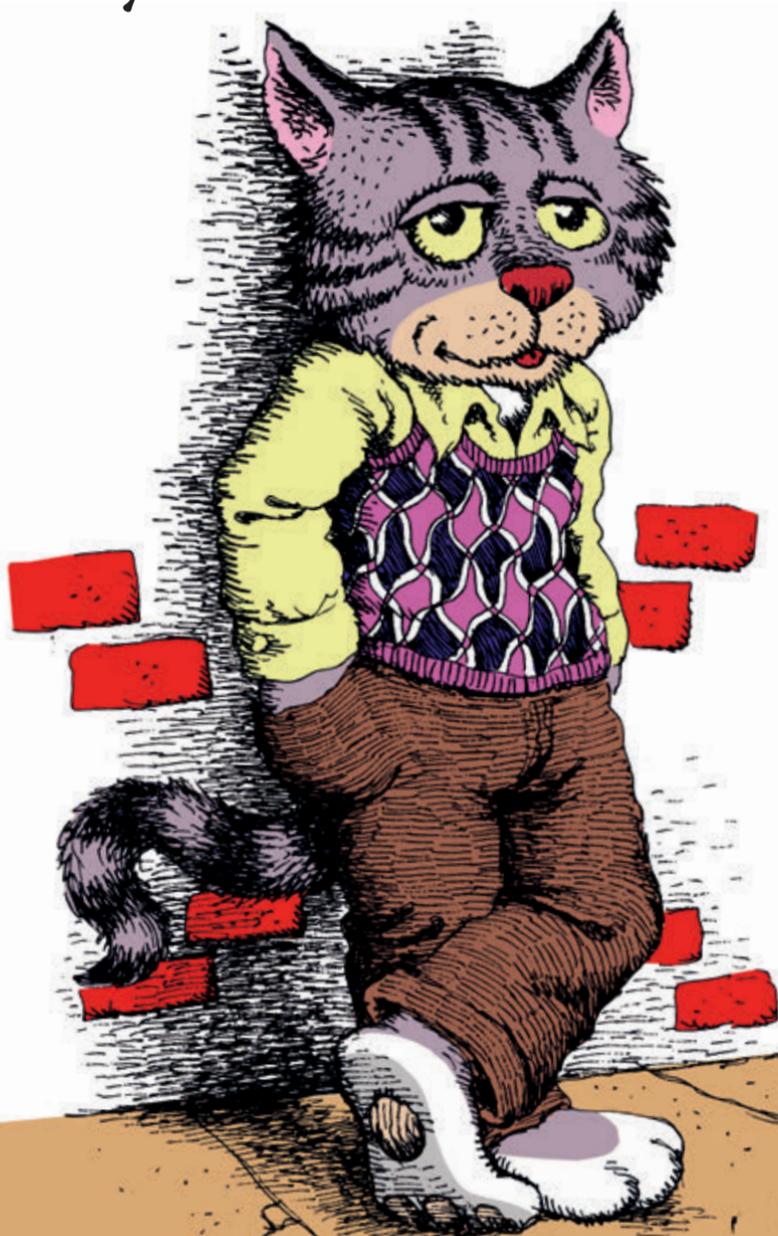


Eduardo Mendoza

El rey recibe





Eduardo Mendoza

El rey recibe

© Eduardo Mendoza, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-322-3407-1

Depósito legal: B. 16.410-2018

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I had this story from one who had no business to tell it to me, or to any other.

Pollensa, 14 de julio (crónica telefónica de nuestro enviado especial Rufo Batalla). — *Bajo un cielo resplandeciente y junto a una playa paradisiaca bañada por el mar, se ha celebrado la suntuosa boda del heredero de una de las más antiguas realezas de Europa con una bella señorita perteneciente a una noble y adinerada familia de la aristocracia inglesa. Antes de entrar en detalles acerca de los contrayentes, cabe destacar el hecho de que hayan sido ellos mismos quienes eligieron para contraer matrimonio el marco incomparable de Mallorca, y más concretamente del hotel Formentor, pues, aunque ambos residen en el extranjero, les unen a nuestra patria y en particular a este lugar de ensueño profundos vínculos afectivos. Por expreso deseo de Su Alteza Real, persona de gustos sencillos, el número de invitados a este magno acontecimiento se ha reducido*

a un grupo pequeño pero muy selecto de personalidades del mundo de la política, los negocios y la cultura, por no hablar de un verdadero plantel de caras conocidas del séptimo arte.

¿Cómo son en la intimidad el príncipe y su ilustre esposa?

*

Sí, estas frases repelentes las escribí yo hace ya mucho, y las habría echado al olvido, como haría cualquier persona sensata, si no fuera porque en cierto modo cambiaron mi vida.

Acababa de cumplir veintidós años, hacía dos que me había licenciado en Lenguas Germánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona y tres meses que había vuelto de Londres, donde había vivido algo más de un año gracias a una mísera bolsa de estudios, conseguida a base de contactos familiares, y de trabajos modestos, como lavar platos y servir mesas en restaurantes de ínfima categoría. Durante aquel periodo pasé hambre y frío y vagué solitario y marginado entre un lujo y una excentricidad que me estaban vedados por forastero y por pobre. A pesar de lo cual, regresé con un conocimiento fiable del inglés y una anglofilia tan infundada como irreversible.

De regreso en Barcelona, y a falta de algo mejor, había entrado de meritorio en un diario vespertino. Hoy en día sería inimaginable que en estas

condiciones me enviaran a cubrir un acontecimiento como el que he descrito, pero en aquella época la prensa del corazón tenía tan poca importancia como el público al que iba destinada, es decir, las mujeres. Los periódicos nacionales, a pesar de su mediocridad en todos los aspectos, menospreciaban este tipo de información, que incluían bajo el título genérico de «notas de sociedad», junto a la crónica de sucesos y otros datos de interés secundario dentro de la labor informativa. Salvo excepciones muy sonadas, como la boda de Grace Kelly con el príncipe Rainiero de Mónaco, en la primavera de 1956, las notas de sociedad se limitaban a reproducir despachos de agencia, acortando o alargando el texto sin reparos en función del espacio disponible. En terminología periodística, esto se llamaba «un suelto». En aquella ocasión, sin embargo, el periódico se había visto obligado a dar una cobertura inusual al acontecimiento, y seguramente la elección del corresponsal recayó en mí porque la boda se celebró en pleno verano, cuando la mayoría de los redactores estaban de vacaciones, las noticias escaseaban, la publicidad y los anuncios por palabras se reducían a un mínimo y la vida intelectual y cultural del país se sumía en un letargo más profundo de lo habitual. Estos factores y el hecho de que yo fuera el único integrante de la plantilla que hablaba idiomas decidieron al director a confiarme un cometido que por lo demás se había visto obligado a aceptar de mala gana.

—Necesito un mínimo de cinco folios. Lleva un traje oscuro y aguanta hasta el final de la ceremonia. Luego habrá recepción y banquete. Por supuesto, tú no estás invitado, pero te quedas rondando por donde te dejen y averiguas lo que puedas de los invitados, el menú y estas cosas. Los vestidos de las mujeres son importantes. Con eso y unas fotos de agencia cubrimos el expediente. Al príncipe ni te acerques. El muy capullo se niega a conceder entrevistas a la prensa española. Prueba con alguien del séquito, pero no te metas en líos. Y sobre todo no te emborraches.

En su voz había un deje exagerado de repugnancia. Quería dejar bien claro delante de sus subordinados que desaprobaba el interés por la boda y que sólo lo hacía debido a presiones «de arriba».

El director del periódico se llamaba Jaime Basols y era un viejo republicano de derechas, depurado y restablecido en su cargo tras varios años de ostracismo y privaciones. En aquella nueva etapa de su vida se esforzaba por hacer del periódico un órgano de información y difusión más que de manipulación y propaganda, objetivo que sólo conseguía en una parte mínima pero suficiente para justificarse ante el prójimo y ante su propia conciencia. No le faltaban los conflictos, las amenazas, las humillaciones y los berrinches; en ocasiones se consideraba un héroe, en otras, un cobarde, y siempre, un fracasado. La suma de estas valoraciones le había agriado el carácter.

Yo había entrado a trabajar en el periódico gracias a la recomendación de un pariente, pese a no tener ni siquiera el título de periodista, lo que no era insólito en aquellos tiempos. Mis padres habían costado mis estudios con grandes esfuerzos y estaban haciendo lo mismo con mis hermanos, por lo que tan pronto obtuve el título universitario y regresé de mi estancia en Londres, aunque acariciaba otros sueños, no tuve más opción que ponerme a trabajar para aportar algo a la economía doméstica. Mi función en el periódico consistía básicamente en hacer de chico de los recados, redactar ocasionalmente alguna gacetilla y ser amable con todo el mundo. Como no daba muestras de aspirar a nada ni de querer arrebatarse el puesto a nadie, pronto me fue perdonado el doble pecado original: haber entrado por enchufe y estar mejor preparado que el resto del personal.

Por mi parte, debo contar lo que se cuenta, pero de ninguna manera debo creérmelo todo, y esta advertencia mía valga para toda mi narración.

La tarea que me habían asignado, aun siendo insustancial, constituía una prueba de confianza y debería haberme producido orgullo o al menos satisfacción, pero no era así. Por una cuestión de principios, el acontecimiento sobre el que debía escribir no me podía resultar menos atractivo. Una boda real me parecía una estupidez y un insulto.

Como tantos jóvenes de mi generación, en mis años de estudiante no sólo había sido un activo opositor al régimen dictatorial, sino un ferviente partidario de la revolución a ultranza. Había hecho una lectura superficial de Marx y Engels y, a renglón seguido, de Antonio Gramsci, Georg Lukács, Frantz Fanon, Régis Debray y algunos más, sin enterarme de gran cosa. Pero unas cuantas frases extraídas de abstrusas teorías económicas habían bastado para encender mi imaginación y enardecer mi ánimo. Perdido en aquella galaxia teórica, había acabado decantándome por algunas figuras marginales, como Trotski, que unía al espíritu revolucionario una cierta heterodoxia y una aparente amplitud de miras, o la figura mítica del Che Guevara. Y no me parecía contradictorio identificarme también con los anarquistas, desesperados merodeadores nocturnos y conspiradores de pistón y bomba.

Como era previsible, mis padres recibieron la noticia de mi misión con alegría y una sombra de preocupación ante la posibilidad de que su hijo no supiera estar a la altura de las circunstancias. Para ellos yo seguía siendo un niño y aquella actitud a veces me hacía pensar que el resto de las personas tenían el mismo concepto de mí. Dos años de servicio militar, una parodia de virilidad hecha de brutalidad y jactancia, no habían hecho más que confirmar la sensación íntima de desamparo y la nostalgia del hogar, y el nuevo trabajo, conseguido

por influencia ajena y no por méritos propios, no había aumentado mi autoestima.

Para mayor desespero, mi madre no supo darme ninguna información sobre los protagonistas de la boda que debía cubrir. Ni siquiera sabía de qué boda le estaba hablando. Mientras me planchaba y almidonaba una camisa blanca y se disponía a planchar el pantalón del traje con un trapo húmedo, me contó la boda de Grace Kelly, que yo recordaba vagamente, y, muchos años antes, la del sultán de Marruecos. La dejé hablar porque la veía desgranar recuerdos lejanos, historias teñidas de un vaho dorado al que ya no se consideraba digna de acceder ni siquiera de un modo vicario.

Con este espíritu emprendí el viaje al día siguiente.

Traveling is a fool's paradise.

A finales de la década de los sesenta Mallorca ya estaba invadida por el turismo masivo, pero el aeropuerto de Palma era pequeño y destartado, los transportes públicos, deficientes, y las carreteras, estrechas y bacheadas, corrían entre campos áridos salpicados de molinos de viento y pueblos adormecidos. En un autocar de línea desvencijado y apesotado, que paraba cada cinco minutos, llegué a Pollensa a la caída de la tarde, cansado, asfixiado y medio mareado. Con el billete de avión me habían facilitado un bono de estancia en un hotel que en-

contré preguntando a los viandantes. El hotel era una antigua casa de familia rehabilitada, que no ofrecía un encanto ni un lujo que yo tampoco esperaba. Me registré, subí a la habitación, colgué el traje para ver si se desarrugaba, me di una ducha, me puse ropa limpia y salí a la calle en busca de un restaurante barato donde cenar lo que tolerase mi alterado estómago.

De camino por una calle estrecha y mal iluminada hacia donde suponía que estaría la animación, se me acercó una chica bastante mona y me preguntó si hablaba inglés. Llevaba pantalón largo, camiseta de tirantes, sandalias de cuero y una bolsita de lona en bandolera; era delgada, con el cabello castaño, ni largo ni corto, y una sonrisa simpática. Le respondí que hablaba inglés y ella, con evidentes muestras de nerviosismo, me contó que se le había averiado la motocicleta y buscaba desesperadamente un taller de reparaciones. Le di a entender que a aquella hora todos los talleres estarían cerrados y le aconsejé esperar al día siguiente. Imposible, repuso, su alojamiento, al que había de regresar sin falta, estaba lejos de la población. Le dije que yo no disponía de vehículo propio para acompañarla y que lo único que podía hacer por ella era echar un vistazo a la motocicleta. Mis conocimientos de mecánica eran rudimentarios pero aquellos aparatos eran aún más rudimentarios.

Anduvimos sin hablar hasta donde estaba la motocicleta. Al tratar inútilmente de ponerla en

marcha, supuse que había hecho la perla. Los motores de dos tiempos funcionaban con una mezcla de gasolina y aceite y si el aceite no era de buena calidad, el líquido se apelmazaba y formaba una bolita iridiscente, llamada la perla, que obstruía el carburador. Mientras le daba estas explicaciones, desmonté la bujía, la limpié con el pañuelo y la volví a instalar. El motor arrancó al primer intento. Lo apagué de nuevo y recomendé a la chica que llevara la motocicleta al taller en cuanto pudiera o que hiciera una reclamación si la había alquilado.

—No sé cómo agradecértelo.

—No tiene importancia.

—Para mí, mucha. Además, te has puesto perdido de grasa por mi culpa.

Era verdad: la camisa presentaba varios tiznones. Por fortuna mi madre, en previsión del calor, había puesto varias mudas en la maleta. Me encogí de hombros con una actitud entre mundana y estúpida.

—No es grave. Mi hotel está a la vuelta de la esquina y tengo ropa limpia. Si puedes esperar a que me cambie, te dejo que me invites a una copa. O te invito yo, da lo mismo.

Ella miró el reloj, accedió a la propuesta y juntos deshicimos el camino hasta el hotel. El recepcionista se debía de haber ido a dormir y la recepción, vacía e iluminada por un fluorescente, daba grima. En la esquina de la calle había un hombre apoyado en la pared. La oscuridad sólo permitía ver

su silueta, alta y corpulenta, tocada con un sombrero de playa. Nada inquietante, en principio, pero tampoco grato.

—¿Te importa si subo contigo?

—No tardo nada, pero si quieres subir, sube.

La habitación, con una bombilla de bajo voltaje suspendida del techo, no era mucho más alegre. Ella se quedó mirando la calle por el ventanuco mientras yo me lavaba y me cambiaba en el cuarto de baño. Cuando salí ella había apagado la luz. Con la claridad proveniente de fuera apenas si podía distinguir sus rasgos.

—Así está mejor. ¿Cómo te llamas?

—Rufo, ¿y tú?

—Monica. Monica Coover.

Se sentó en la cama y yo me senté a su lado. Monica Coover se apoyó en mí y susurró que tomara las debidas precauciones. De sus palabras deduje que no era cuestión de perder tiempo en simulacros de seducción. Al cabo de una hora ella se puso la ropa y se marchó. Aún debía de haber algún sitio abierto para tomar un bocado, pero decidí quedarme en la cama y me dormí en seguida.

Les grands seigneurs ont des plaisirs, le peuple a de la joie.

Me desperté a las diez de la mañana, con el sol ya muy alto.

Como la boda era a las doce, calculé que tenía

tiempo de sobra. Me duché, me afeité y salí a desayunar en una cafetería cercana al hotel. Luego regresé a la habitación, me puse una camisa blanca, el traje oscuro, la corbata y los zapatos que mi madre había lustrado a conciencia. En el espejo me encontré ridículo. Volví a bajar y pregunté al recepcionista dónde estaba el hotel Formentor y cuánto tardaría en llegar. El recepcionista preguntó a su vez cómo tenía pensado ir y al decirle que pensaba ir a pie respondió que unas tres horas. Sin embargo, añadió, con aquel calor no me recomendaba emprender la excursión hasta el atardecer. Eran las once.

—¿Tan lejos está?

—A unos diez kilómetros, en la punta del cabo. Para llegar hay que andar un buen rato y después subir y bajar una montaña. Lo mejor es ir por mar, pero el barco no sale del puerto de Pollensa hasta las dos. Y de aquí al puerto hay un buen trecho.

—¿Y en taxi?

—Le costará una pasta.

—Es que he de llegar a la boda.

—¿Quién se casa? ¿Usted?

El peculiar acento mallorquín me impidió discernir si el recepcionista hablaba en serio o en broma.

Me eché a la calle, anduve hasta la plaza y subí a un taxi cuyo conductor se avino de mala gana a llevarme al hotel Formentor previo pago por adelantado de una suma equivalente a todo el dinero de que disponía. La carretera, sinuosa, estre-

cha y sin asfaltar, contorneaba peñascos y bordeaba acantilados altísimos. El brillo del mar era cegador. En una revuelta de la carretera nos detuvo una pareja de la Guardia Civil, me preguntó quién era y cuál era el motivo de mi presencia allí y me pidió la documentación. Deduje que estábamos llegando al hotel y que la vigilancia era debida a la presencia de personalidades ilustres. Mostré el carnet de identidad y la acreditación que me habían facilitado en el periódico y dije que iba a la boda del hotel Formentor. Con esta explicación nos dejaron seguir. A la entrada del sendero que conducía finalmente al hotel nos volvieron a parar dos individuos de paisano y se repitió el trámite. Recorrimos cien metros más y llegamos a una explanada frente a un edificio grande, alargado y no muy alto, de techo plano y fachada lisa, de color claro. En la fachada se abrían las ventanas de las habitaciones menos favorecidas, las que daban al campo y no al mar. Me apeé y el taxi dio media vuelta y emprendió el regreso.

Antes de entrar en el edificio miré a mi alrededor y vi un estacionamiento oculto por un seto y repleto de coches. Además de los coches había dos camionetas con distintivos de cadenas de televisión extranjeras.

En la penumbra del hall un recepcionista solitario, con *blazer* azul, camisa blanca y corbata, levantó los ojos de unos papeles mecanografiados, me examinó de arriba abajo y prosiguió la lectura. Reinaba una quietud insólita: el hotel estaba cerrado

al público ajeno a la boda y los asistentes estaban todavía en la capilla. A la derecha de la recepción un pasillo conducía a una puerta de cristal de dos hojas y tras ella había unas mesas puestas, con mucha cristalería y un centro floral en cada una de ellas. Pregunté al recepcionista dónde estaba la capilla. El recepcionista señaló hacia abajo con el dedo y luego una escalera a mi izquierda. Bajé al piso inferior, que estaba al nivel del jardín. No me costó dar con un salón abarrotado de gente. Las puertas estaban abiertas y los asistentes desbordaban la capacidad del salón y se desparramaban por el corredor. No había forma de entrar ni de ver lo que sucedía dentro, porque los fotógrafos se habían subido a las sillas de las últimas filas. Atisbando entre las piernas de éstos y las cabezas de los otros distinguí al fondo algo parecido a un baldaquino de damasco azul, y aguzando el oído distinguí una voz grave que entonaba una salmodia. De cuando en cuando centelleaban los flashes. Allí no había nada que hacer, salvo esperar a que concluyera la ceremonia religiosa y la real pareja y sus invitados abandonaran el salón y se dirigieran al lugar del ágape. Volví sobre mis pasos y salí al jardín con la remota esperanza de ocupar un lugar desde donde ver a los invitados en mejores condiciones cuando salieran a tomar el aire, como suponía que harían antes de encerrarse en el comedor.

El jardín era mucho más extenso de lo que había imaginado: varias terrazas escalonadas descen-

dían hasta una pequeña playa y en todas ellas había espacios delimitados por setos frondosos. Entre los árboles crecían azaleas y lentiscos y otras plantas propias de terrenos pedregosos y secos. Pinos, palmas y olivos daban sombra. Todo estaba dispuesto y cuidado con esmero.

Después de rodear el edificio sin encontrar nada de interés para el reportaje, llegué a una piscina de agua clara, fresca y tentadora. El sol caía a plomo. Retrocedí hasta la entrada y me cobijé en una pérgola. Por los intersticios de una espesa parra los rayos del sol dibujaban círculos en el empedrado. A sabiendas de no estar cumpliendo mi misión con la debida diligencia, me quité la americana, la colgué del respaldo de un silloncito de mimbre, me aflojé la corbata y me desabroché el botón superior de la camisa, que me asfixiaba, me senté en el silloncito y sin darme cuenta me quedé dormido.

Me despertó una voz bronca.

—¡Eh, tú!

La voz provenía de un individuo de unos cuarenta años, bajo, rollizo, calvo y sudoroso, con un bigote negro y espeso, vestido con un traje de gabardina gris y una corbata grasienta. Le acompañaba otro hombre, alto, rubio y colorado de piel; con ropa veraniega y sandalias con calcetines habría podido pasar por un turista, salvo por la mirada, inexpresiva y oblicua.

De no haber sido arrancado bruscamente de un sueño culpable, tal vez habría respondido a la

interpelación con energía y aplomo, pero me sentía confuso y sólo acerté a murmurar humildemente que ya me iba. El hombre del traje de gabardina gris me detuvo con un ademán.

—¡Eso te crees tú! ¡Las manos donde yo pueda verlas!

Era una frase de serie de televisión, pero la dijo con una sinceridad poco tranquilizadora. Con un gesto automático levanté los brazos; al cabo de unos segundos los bajé y puse las manos abiertas sobre el velador.

—Soy periodista.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no estás dentro? ¿Te pagan por dormir la siesta?

El otro se había desplazado hasta colocarse a mi espalda.

—Oiga, señor, yo no sé nada de nada. ¿Ha ocurrido algo?

El hombre del traje de gabardina se limitó a ladear la cabeza y resoplar.

—Ven con nosotros, listillo.

No se me pasó por la cabeza preguntarles si eran policías y menos pedir que me mostraran una identificación. En aquella época no se hacían estas cosas, en parte por miedo y en parte por lógica: nadie se habría atrevido a suplantar a la policía. Sea como fuere, lo mejor era obedecer y no preguntar. Insistir en que se trataba de un error no habría servido de nada: la policía no cometía errores y si cometía alguno se guardaba mucho de reconocerlo. De modo

que me levanté sin dejar de mostrar en todo momento las manos y seguí sin chistar al hombre del traje de gabardina, que había dado media vuelta y se encaminaba al hotel. El otro me tendió la americana que había dejado en el respaldo del silloncito. Le di las gracias con un movimiento de cabeza y los tres recorrimos el corto sendero empedrado hasta el hotel. En el vestíbulo nos detuvimos ante la puerta del ascensor y el hombre del traje de gabardina pulsó el botón de llamada. Mientras esperábamos el ascensor se oyó un murmullo creciente y se vio un centelleo de flashes. La ceremonia nupcial había concluido y los asistentes abandonaban el salón para dirigirse al comedor o al jardín. Si no podía echar siquiera un vistazo a esa breve maniobra, no me quedaría nada que contar, salvo el cúmulo de estupideces que se habían conjurado para arruinar el reportaje y de paso mi carrera periodística. Esta contingencia no me mortificaba tanto como el bochorno de ser despedido por incompetente a las primeras de cambio. Por el momento, sin embargo, un asunto más grave acaparaba mi atención.

Se abrieron las puertas del ascensor y entramos los tres. El hombre del traje de gabardina pulsó el botón del tercer piso, las puertas se cerraron y dejó de oírse el jolgorio del grupo, que ahora se desahogaba después de haber permanecido sentado y en silencio durante la ceremonia.

Al llegar al tercer piso tomamos el pasillo a la derecha, anduvimos unos metros y nos detuvimos

ante una puerta. El hombre del traje de gabardina sacó del bolsillo una llave, abrió y accedimos a una habitación amplia y luminosa, con una cama de matrimonio y muebles elegantes, de buena calidad. La lámpara de pie y las lámparas de las mesillas de noche eran de latón, con pantallas de pergamino. A través de un ventanal apaisado se veía el jardín, el mar y las colinas que formaban la bahía.

Allí me hicieron dejar sobre una mesa de madera clara con ribetes dorados todo lo que llevaba en los bolsillos. El hombre inexpresivo me cacheó para cerciorarse de que no ocultaba nada entre la ropa. Por la forma en que lo hizo, sin dejar un rincón por explorar, pensé que hacía con frecuencia la misma operación. Mientras tanto, el hombre del traje de gabardina sacó de un bolsillo de su americana una bolsa de tela y metió en ella todas las cosas depositadas en la mesa.

—Ahora espérate aquí y no hagas tonterías.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Lo sabrás cuando sea el momento.

El hombre del traje de gabardina llevaba la bolsa en la mano, como si fuera Judas. Abrió la puerta, salieron los dos y cerraron. Desde dentro oí el chasquido de la llave en la cerradura.

No me molesté en comprobar si me habían encerrado. El ventanal se podía abrir, pero la distancia hasta el suelo del jardín era considerable y la pared no ofrecía asideros. En la mesilla de noche había un teléfono. Descolgué el auricular y al ver

que había línea llamé a la centralita sin obtener respuesta. Como sólo se podía llamar al exterior a través de la centralita, el teléfono no servía para nada. El armario estaba vacío: hasta las perchas se habían llevado. La cama estaba hecha. Las sábanas parecían de hilo, con bordados. En el cuarto de baño había toallas y jabón. En la habitación hacía calor y, sin nada mejor que hacer salvo esperar, me di una ducha, que me refrescó durante unos minutos, pero no me serenó el ánimo.

Cançons tranquil·les aniran per la ventada.

Maté el tiempo mirando el paisaje: la bahía formaba una circunferencia perfecta: desde la ventana de la habitación no se veía la salida al mar abierto. No soplabla viento y el agua estaba inmóvil, de un azul tornasolado. Conté catorce yates fondeados frente al hotel. Tenían banderas de distintos países y pensé que debían de pertenecer a algunos invitados a la boda. Una lancha con el distintivo de la Guardia Civil hacía la ronda con parsimonia. En las laderas de la cala, fuera de los límites del jardín, ocultas entre espesos matorrales, se podían entrever algunas casas, aisladas entre sí, blancas, de una sola planta y muy esquemáticas de línea, como solían ser las casas de los ricos en aquellos años. Al cabo de un rato, aburrido de la contemplación, me tumbé en la cama y me quedé dormido.

Me desperté sudoroso, inquieto y hambriento.

El sol seguía alto. Del jardín llegaba, atenuado por la distancia, el sonido de una orquesta que tocaba vals, pasodobles y otros bailables antiguos. Escuchando aquella música, recordé lo que me había contado mi madre, a saber, que Grace Kelly había recalado en aquel mismo hotel durante su luna de miel.

De la boda de Grace Kelly se había hablado mucho en la prensa española, el NO-DO había mostrado numerosas imágenes e incluso se había proyectado en los cines una película de medio o largo metraje en la que se daba cuenta pormenorizada de un enlace seguramente vistoso pero que ni los más acérrimos acababan de considerar romántico. En aquella época Grace Kelly había conquistado el corazón del mundo y Rainiero de Mónaco el de nadie. Era un príncipe y eso bastaba para acallar las opiniones disidentes, pero en su fuero interno la mayoría se preguntaba por qué una mujer tan maravillosa se casaba con semejante mentecato. Al fin y al cabo, Grace Kelly, aunque fuera en la ficción, había estado en los brazos de Clark Gable, de Cary Grant, de Gary Cooper, de James Stewart y de William Holden, y Rainiero, príncipe o no príncipe, era un retaco cabezón, orejudo, con cara de atontado y aspecto presuntuoso, incapaz de mostrar en público cariño, admiración o pasión por su adorable esposa. La boda había convertido a una actriz en princesa, pero eso, en los tiempos modernos, no tenía importancia, sobre todo si el principado era un pue-

blo sin más atractivo que un casino y la presencia ocasional de millonarios. Las mujeres se esforzaban por dejar de lado estas consideraciones, se aferraban a fantasías trasnochadas y al ver a Grace Kelly vestida de novia exclamaban: ¡es una auténtica princesa! Lo cual era una verdad a medias, porque a los ojos del mundo, Grace Kelly era más que una princesa: era un mito. En fin de cuentas, la boda de Grace Kelly con Rainiero de Mónaco quedó en la memoria colectiva como un suceso más bien triste, y nada de lo que difundieron posteriormente los medios de información consiguió disipar ese sentimiento. Del reportaje de la boda yo recordaba un castillo de fuegos artificiales orquestado por celebrados pirotécnicos valencianos, a lo que la radio española dio gran importancia.

A las seis paró la música, quizá para servir una merienda.

Tuve el presentimiento de que nadie se ocuparía de mí hasta que la fiesta hubiera concluido, los invitados se hubieran ido y no hubiera testigos de lo que fuera a pasar. Con la culpabilidad de quien no sabe de qué se le acusa, empecé a pensar que la detención no se debía a un error ni estaba relacionada con la seguridad de los asistentes a la boda, como había supuesto hasta entonces, sino que se trataba de una medida contra mi persona y, como allí no había hecho nada, ni bueno ni malo, el motivo de la detención por fuerza había de guardar relación con mis ideas y mis actividades políticas.

En Europa, por aquellos años, los disturbios, los enfrentamientos y las acciones violentas todavía no habían alcanzado la frecuencia y la intensidad que tendrían más tarde en algunos países, si bien había huelgas y manifestaciones y se habían cometido asaltos, secuestros y agresiones derivados de la inestabilidad social. Naturalmente, en España las cosas eran distintas, puesto que la represión sofocaba cualquier atisbo de movimiento popular, pero aun así, no había faltado alguna tímida huelga y actividades aisladas de una red de personas bastante bien organizada, que fuera y dentro del país trabajaba para debilitar y desacreditar una dictadura a la que ya nadie confiaba en derribar. Yo no militaba en ningún partido ni pertenecía a ninguna asociación política o de cualquier otra índole. Mientras estuve en la universidad, hice acto de presencia en algunas manifestaciones y poca cosa más.

Sólo una vez un amigo y yo, por iniciativa propia, introdujimos unas caricaturas de Franco hechas por nosotros mismos entre los programas de mano de la *Pasión según San Mateo*, en el Palau de la Música. Mi amigo y yo frecuentábamos el Palau de la Música debido a nuestra afición por la música clásica, pero considerábamos que, salvo nosotros dos, el público habitual representaba lo más reaccionario y vil de la sociedad catalana. El día de autos, con mucho disimulo y mucho miedo, intercalamos ocho caricaturas de Franco en la pila de programas y nos quedamos observando el efec-

to del sabotaje, que, a decir verdad, no fue extraordinario: los que daban con la caricatura la miraban confusos y la volvían a dejar en la misma pila; algunos doblaban la hoja y se la guardaban en el bolsillo, y uno la estrujó y la arrojó al suelo con expresión de disgusto. Pero nadie denunció el hecho y la velada transcurrió sin contratiempos. Ahora, sin embargo, pensaba que tal vez el delito había sido detectado y descubierta la identidad de sus autores, uno de los cuales acababa de ser aprehendido en el hotel Formentor. *Erbarne dich, mein Gott*, pensé, por más que se me antojaba poco verosímil que la policía hubiera elegido precisamente aquel lugar y aquella ocasión para proceder a la detención de alguien cuyo paradero habitual no era un misterio para nadie.

Para tranquilizarme, me volví a duchar. A las ocho se reanudó el baile. En vez de la orquesta atronó el aire un conjunto de rock con una megafonía estridente. La actuación vino acompañada de cierto movimiento en la bahía. De cuando en cuando una lancha o un bote de remos conducía a una o varias personas a los yates.

A las nueve se puso el sol detrás de unos cerros rocosos parcialmente cubiertos de pinos y jaras. Se encendieron las lámparas exteriores. Metidas entre el follaje, apenas daban luz. El cielo se tiñó de granate. Seguramente a aquella hora los periodistas acreditados ya habrían enviado sus crónicas por teletipo y regresado a sus casas en el último avión.

Transcurrida una hora más, oí girar de nuevo la llave en la cerradura. Se abrió la puerta y entraron tres hombres en la habitación. Los dos primeros eran mis viejos conocidos, el hombre del traje de gabardina y su adlátere. Al tercero no lo había visto nunca, pero no tuve dificultad en adivinar quién era. Sólo entonces empecé a entender el lío en el que me había metido.

A quoy faire la cognoissance des choses, si nous en perdons le repos et la tranquillité, où nous serions sans cela?

—Disculpe que no me dirija a usted en español. Mis conocimientos son muy elementales. Por fortuna usted entiende y habla inglés a la perfección. Si no me expreso con la suficiente claridad, no tenga reparo en interrumpirme: mi pronunciación es deficiente. Estudié en Inglaterra, pero el acento materno nunca se pierde... Ahora se imponen las presentaciones. El señor de la puerta, pulcramente ataviado con un traje de gabardina gris, se llama Pirelli, o algo que se aproxima a Pirelli. Los días laborables, incluidos los sábados por la mañana, trabaja para una misteriosa organización apodada Sa Nostra. Los días festivos incrementa su peculio ayudando a llevar la contabilidad de este magnífico hotel. Y, llevado de su innata amabilidad, no desdeña prestar algún servicio adicional. Habla castellano, una cosa que denominan mallorquín y, debido

a su contacto con los turistas, una mezcla de lenguas que podríamos calificar de situacional. El otro caballero es Constantin Alois Brzeg, en el almanaque de Gotha, el conde Salza, mi primo y mi brazo derecho. Por desgracia, el conde Salza sólo habla y entiende idiomas bárbaros. Los dos, el señor Pirelli y el conde Salza, han tenido la gentileza, a ruegos míos, de representar esta, ¿cómo llamarla?, pequeña farsa, por la que le pido mil disculpas. Confío en que comprenda mis motivos. Era del todo esencial impedir que pudiera enviar al periódico una nota sin haber hablado antes conmigo, y el único método seguro era tenerle aislado por completo. La confusión era igualmente necesaria para que usted aceptara la reclusión sin resistencia ni, ¿cómo diríamos?, alharaca. Ahora debo presentarme a mí mismo, puesto que nadie lo hará por mí: soy el príncipe Tadeusz Maria Clementij Tukuulo. Bobby para los amigos. En el día de hoy me he casado con la que por derecho matrimonial se ha convertido en reina, o, quizá sería mejor decir, en futura reina: Queen Isabella. A Queen Isabella le habría encantado saludarle, pero se ha retirado a descansar. Ha tenido un día agotador, como bien puede suponer. Y anoche, por circunstancias que no hacen al caso, durmió menos de lo aconsejable. Igual que usted, según tengo entendido.

Se acercó a la ventana. El cielo seguía despejado y la luna, que acababa de aparecer, iluminaba un mar silencioso y pacífico.